

ÍNDICE

Presentación

Planteamiento

Guía existencial

Trayectoria evolutiva de nuestra especie

Etapa del desarrollo humano

No es cuestión de quién tiene el mejor “juguete”

Los desajustes

La diversidad dentro de la unidad: simbiosis y comunicación

Nuestra “brújula existencial” como especie

Nuestro pertrecho en el viaje existencial

Nuestra actual marcha evolutiva

El alma de la evolución

La esencia de nuestro ser

Quizás inmortales o imperecederos

La cadena evolutiva

Los bosquimanos como demostración empírica

Cuestión de Voluntad

Síndrome Permanente de Stendhal

De la maravilla a la nimiedad

La mejor herencia

“Hoja de ruta” para nuestro devenir

Recomendaciones

Una especie sin inocencia existencial

Instrucciones

Camino a seguir

Conclusión

Documentación

PRESENTACIÓN

Popularmente se dice que el bebé viene o nace “con un pan bajo el brazo”, para significar así la buena nueva en una suerte de conjuro de la gracia que ello supone en la vida de una pareja, como realización de la misma y también como contribución a que continúe el linaje o la estirpe. Después, a lo largo de nuestra vida recibimos una educación, aprendemos y, más o menos, con mayores o menores dificultades, se va desarrollando la misma. Sin embargo, si nos paramos a pensar, *nadie ni nada nos enseña a vivir*, más bien somos autodidactas, la mayoría de las veces “vamos a ciegas” y, en definitiva, no existen unas instrucciones, guía u orientación que nos digan o indiquen por dónde dirigir nuestra existencia, salvo determinados contenidos y referencias educativas, de credos y dogmas, así como otros estándares de vida que suelen desprenderse de la tendencia o, incluso, modas del momento o etapa de nuestra historia que nos toque en liza vivir. Y si esto pasa a nivel individual, a escala social todavía resulta más desdibujada nuestra ruta o camino existencial a seguir, con gobiernos, dirigentes y poderes fácticos sobre todo cortoplacistas y para nada generales o globales. Por tanto, carecemos, nos falta, no tenemos o, cuando menos, no resultan abundantes las guías u orientaciones existenciales para nuestra especie en conjunto ni, tampoco, para las personas en particular.

Como en todo proceso de este tipo, lo que conviene es saber cómo podemos vivir de forma más acorde, tanto entre nosotros como respecto a nuestro entorno; mejor de una manera consciente que, como ha sido principalmente hasta ahora, básicamente guiados por los respectivos intereses. De ahí mi propuesta y contribución en esta obra, que pretende ser una “hoja de ruta”, unas bases o “coordenadas” para el devenir existencial de nuestra especie; intentando determinar nuestra “latitud y longitud” y “puntos cardinales” desde el punto de vista evolutivo, para saber dónde estamos o hasta dónde hemos llegado y hacia dónde y cómo debemos dirigirnos en nuestra existencia como especie y personas. De ahí que, para la comprensión de mi exposición, se requiera ponernos en esa múltiple condición de, por una parte, individuos en sí mismos, a la vez que integrantes de nuestra especie, que también forma parte de un entorno o planeta,

que a su vez integra un sistema planetario llamado sistema solar, que también forma parte de ... Es decir, esta obra trata de la especie humana como un todo, como un ente en sí mismo y conformado por todos nosotros, con su desarrollo, devenir e historia; un ente del que pueden extraerse comportamientos, características, pasados, presentes y, por qué no, futuros.

Hablar de nuestra especie o dirigirme a ella como un todo puede que no logre atraer la atención a nivel particular, ya que resulta poco habitual darnos por enterados o incluso aludidos cuando nos referimos no a entes individuales sino en su conjunto; a pesar de que, como demuestra la Teoría Integral de Ken Wilber (2005), seamos un todo en sí mismo a la vez que partes de un ente mayor, en lo que se conoce como sistema holístico o, más concretamente, la “Gran Cadena Holigárquica del Ser”. Pero esa dualidad totalidad/parte todavía no la tenemos asumida ni desarrollada culturalmente, estando más presente y siendo más preponderante en nuestras respectivas vidas las cosmovisiones egocéntricas o centradas en sí mismas, en nuestros respectivos “mundos particulares”, en la individualidad, no como partes ni en conjunción; una situación existencial que también puede deducirse porque todavía no hemos desarrollado conscientemente nuestra *inteligencia social*, a pesar de ser la que nos ha traído hasta aquí, según demuestran múltiples estudios, desde la historia (Harari; 2016) a la neurología (Grof; 2009). Quiero decir con ello que, en la existencia del *Homo sapiens*, conscientemente ha tenido poca incidencia o trascendencia el hecho de pertenencia a un conjunto llamado especie; por lo que, hasta ahora, ha desempeñado un escaso papel relevante en las vidas de las mujeres y hombres de este planeta. En base a lo cual, antes de nada, trato de aumentar esa consciencia, demostrar qué papel e importancia supone ello, tanto para el nivel “micro” de cada persona como “macro”, en relación con todo lo demás.

Si hemos llegado hasta aquí con esa escasa consciencia de nuestra existencia como seres pertenecientes a una especie determinada, las posibilidades que se abren por el simple hecho de aumentar ese conocimiento e integrarlo en nuestras vidas suponen otro de los acicates que motivan esta obra. Así como en épocas pasadas no sabíamos qué era el arco iris o cómo podíamos hacer fuego, también saber de nuestra adscripción a sistemas vitales y existenciales más amplios ha ido ganando peso poco a poco, siendo que muchas de las explicaciones y claves sobre nuestras respectivas vidas se hayan inscritas más en códigos sistémicos o analizando el conjunto en que estamos integrados

que a escala individual o de interrelaciones más o menos cercanas, como relato más adelante.

Así pues, lo primero a tener presente en este planteamiento es que creemos que vivimos “con los pies en la tierra” y que “andando se hace camino”; pero la forma en que discurre nuestro devenir existencial en estos momentos “cojea” o resulta desequilibrada si no tenemos en cuenta una dimensión que tenemos sin desarrollar, denominada etérica, sutil, espiritual o energética; resultando que nos hemos empeñado en vivir fortaleciendo nuestros hechos, avituallamientos, relaciones, etc., pero sin querernos enterar de que todo eso es relativo, efímero, vulnerable. Eso nos hace “ir por la vida” dedicando nuestros esfuerzos hacia la consolidación del “terreno que pisamos”, que no es otra cosa que la realidad a la que nos asomamos gracias al conocimiento y que, en gran parte, nosotros mismos construimos. De ahí que debamos ser más eficaces en cuanto a la energía que nuestra especie viene empleando en la procura de objetivos vitales artificiales, contruidos por nosotros mismos (como la fama, la riqueza o el poder), aplicándonos en aprovechar mejor las “corrientes evolutivas” que tienen millones de años de “experiencia”. Además, sabemos que Todo se reduce a energía, así que resulta lógico suponer que la eficacia existencial se pueda traducir en eficiencia energética, como por ejemplo supone nuestra capacidad cognitiva, el conocimiento y la consciencia. Poniendo un símil para ilustrar mi planteamiento, es como si hasta ahora hubiésemos aprendido a caminar, correspondiendo esto a nuestra primera etapa como especie; siendo que ahora nos interesa saber a dónde nos dirigimos, qué hacemos con nuestro “tiempo existencial”, como el niño que ya no es tan infantil sino un adolescente en ciernes y que sale “del nido al mundo”.

Lo segundo a tener en cuenta en este planteamiento y balance existencial es saber cuándo nos “pasamos de la raya”, en el sentido de provocar alguna distorsión con o en relación al proceso evolutivo. En el devenir volátil que hasta ahora llevamos a este respecto, indudablemente tenemos que ser nosotros mismos, pero hay situaciones en que parece que nos ponemos “tontos”, como cuando los niños hacen tonterías en su afán de protagonismo egocéntrico. En la era adolescente de la humanidad en que entramos, según postulo en este ensayo, dichas actuaciones vienen, entre otros factores, del interés mal entendido o del sentido equivocado de nuestro comportamiento individual y como especie.

Mientras que el tercer factor en consideración para describir nuestra situación actual en la evolución de nuestra existencia como especie se refiere al desarrollo

personal y colectivo de nuestra dimensión etérica, sutil o espiritual. De la biológica, orgánica o corporal ya nos hemos ocupado más o menos a lo largo de nuestra historia, desde la alimentación, el ejercicio, la higiene, la salud, etc. A la dimensión sociocultural también le hemos dedicado buena parte de nuestro interés, dedicación y esfuerzos, tanto para relacionarnos, tener una formación o conocimientos, una ocupación, un estatus, una adscripción, en definitiva, una identidad social. En cambio, con respecto a la otra dimensión intrínseca al ser humano apenas le dedicamos atención, ni recursos, ni desarrollo, delegando en otras instancias la mayoría de las veces su devenir que, así y mayoritariamente, nos pasa desapercibido. De hecho, se puede achacar a nuestro *inconsciente existencial* las respuestas que hasta ahora hemos dado culturalmente a dicha dimensión, a la que sin embargo convendremos que lo mejor será atenderla de la forma más adecuada posible porque, entre otras ventajas, en ello radica mucho de nuestro éxito evolutivo, como por ejemplo la Revolución cognitiva que hace unos 70 mil años permitió que cooperásemos y, por tanto, nos desarrollásemos como ninguna otra especie (Harari, 2016); por lo que “a todas luces” resulta muy importante y trascendental que seamos conscientes de esta otra dimensión, de la que me atrevo a decir que es clave en nuestras respectivas vidas y existencia en general. No hace falta más que pensar en qué es lo que nos mueve o motiva para darnos cuenta de dónde salen las fuerzas para llevar a cabo el desarrollo de las otras dos dimensiones del ser humano; sin olvidarnos de la búsqueda de información y conocimiento, tan trascendentales para nuestra existencia como especie y que se deben, derivan o producen gracias a nuestra dimensión menos tangible, nuestro espíritu, mediante la exploración, curiosidad, imaginación, ideas, etc. Si, como en su día demostró Albert Einstein (1905), todo en este Universo se puede reducir o traducir a energía, resulta que nuestra conversión o perspectiva existencial desde este punto de vista está prácticamente ignota por nuestra parte, tanto a nivel individual, social, científico y cultural.

Por tanto, parto de la situación existencial de nuestra especie conformada por las siguientes coordenadas:

- Toma de consciencia de nuestra identidad colectiva o como especie y del papel evolutivo de nuestra inteligencia social.
- Paso o cambio actual de nuestra fase evolutiva (de la niñez a la adolescencia).
- Toma de consciencia de nuestra forma de ser o espíritu como dimensión conformante de nuestra vida y existencia.

Mientras que otro de los puntos principales de mi planteamiento o guía existencial es que no se trata de buscar un seguidismo tras alguna bandera o cualquier otra simbología; es decir, no vengo a hacer de pastor que conduce a un rebaño, porque estaríamos hablando de dos especies distintas y yo también formo parte de lo que pretendo ofrecer una información. Más bien, mi planteamiento se parece a cuando nos documentamos del viaje que vamos a hacer o del lugar donde va a transcurrir nuestra próxima etapa, pero en este caso aplicado a una guía especial, la existencial, entendida como producto o fruto de nuestras tres dimensiones fundamentales: la biológica, la social y la espiritual. Insisto en que no trato de uniformar, nada más lejos de mi intención, ya que la diversidad y la singularidad resultan evidentes, pero ello no es óbice para negar o no señalar aquello que nos une, en este caso como especie, para tener así un planteamiento conjunto en nuestro devenir; partiendo así de una evidencia pero que, en cambio, no está operativa y la cual postulo como fundamental para saber quiénes somos y, de esta manera, poder determinar mejor a dónde y cómo podemos dirijirnos. En definitiva, estoy intentando describir algo así como la “metáfora del iceberg” aplicada a la especie humana, de la cual parece que se ve o trasciende más la parte visible fuera del agua, mientras que la masa más grande, significativa e importante es la sumergida, no visible e ignorada; siendo también que -en nuestro caso- parece que las diversidades de etnia, sociales, ideológicas o de religión resultan más notorias que toda la base común y unitaria de nuestra especie y de la misma con el Todo (en este símil representado por el Océano). Dicho de otra forma, nuestros “juegos” y cuitas entre nosotros como “especie infante”, por lo de ahora nos impiden darnos cuenta, ver, explorar y disponer de otras potencialidades que nos depara la evolución, la existencia y la vida; algo que tiene su propio recorrido mediante el crecimiento y asunción de la etapa que ya se avecina en nuestro “normal” desarrollo.